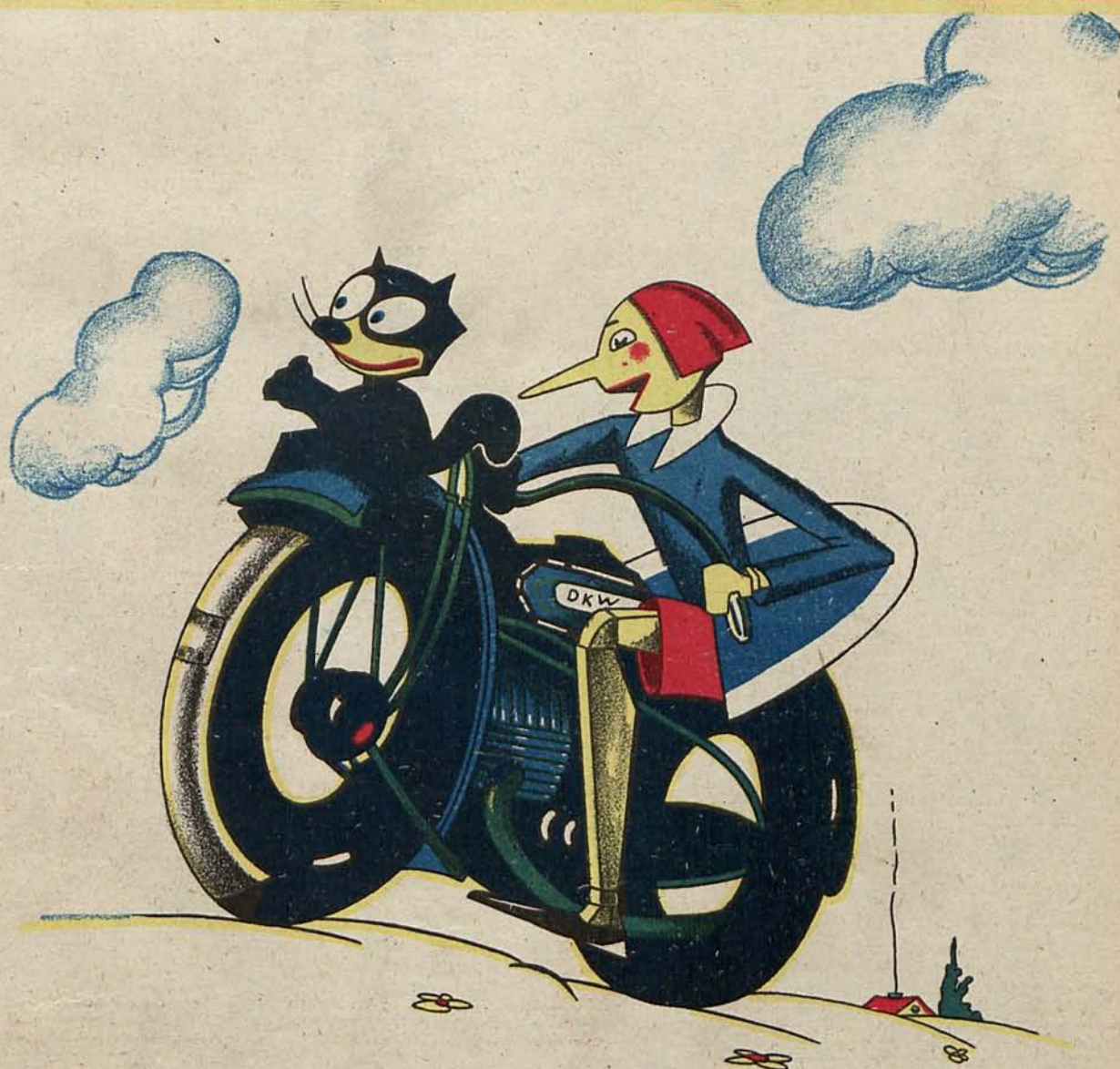


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 176

25 cts

1 JULIO
1928



— PINOCHITO DE MI VIDA, GUIA CON MÁS PRECAUCIÓN
QUE SI NO PACO MORRONGUIS, ACABA EN PACO MORRÓN.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Jaskoff se sintió con el suficiente valor para mirar al rostro del martirizado. Ni un gemido salía de sus labios; tan sólo parecía advertirse una leve contracción en los

músculos del rostro, visibles y sangrientos. Los ojos estaban inmóviles y vidriosos, y una espuma sanguinolenta manaba de la comisura de los labios.

—¡Ahora es preciso curarlo! A ver quién me da algodón —dijo Godunov riéndose—; algodón y vodka.

—¡Ahí tienes las dos cosas.

En un santiamén embebieron los oficiales en el brebaje alcohólico los copos de algodón, aplicándolos después a las llagas de su desventurada víctima.

Esta rechinó los dientes en un paroxismo de dolor. Se veía cómo el corazón palpitaba acelerada y tumultuosamente bajo las costillas, mientras el tórax levantábase convulsivamente. Jaskoff le tomó el pulso al infeliz y lo sintió latir con desenfadada velocidad a pesar de estar muy débil. Jaskoff elevó los ojos al cielo. Su pobre amigo estaba a punto de morir. Le pareció que sus labios se agitaban. Mientras sus desalmados perseguidores calentaban en la estufa largas barras de hierro, él se inclinó sobre el rostro del agonizante.

—Mi madre... Vera... —le oyó murmurar con un hilo de voz.

—¡Muere tranquilo! —le dijo el sacerdote al oído con dulzura.

—¡Largo de aquí, sacerdote de mal agüero! —vociferó Godunov, acercándose con un hierro candente.

Primero se detuvo un instante a contemplar al desventurado, luego acercó el hierro ardiente a los copos de algodón que cubrían las llagas. Los demás imitaronle y en un minuto el cuerpo del desdichado preso se vió cubierto de numerosas llamas que ardían sobre la carne ya muerta.

Los verdugos destapaban entretanto botellas de champagne, haciendo cómicos y desvergonzados brindis. El Pope, en un rincón, cerca de la cabeza del mártir, oraba en voz baja.

De pronto, los oficiales entonaron una canción licenciosa. El Pope se llevó un dedo a los labios, y dijo en voz queda:

—¡Señores... acaba de expirar!...

Luego inclinó la cabeza y ordenó los destrozados miembros de la víctima.

Las palabras del sacerdote resonaron tristemente en el fúnebre antro. Los oficiales se callaron instintivamente. El carcelero hizo tintinear el manojo de llaves. Uno de ellos trató todavía de lanzar un chiste, pero no hubo nadie que le siguiera.

Los oficiales volvieron la espalda al cadáver, saliendo silenciosamente unos en pos de otros. No quedaron en el calabozo más que el Pope y dos cosacos de guardia. El carcelero se fué también, después de haber puesto dos linternas a los pies del muerto. Los dos cosacos, de pie, cerca de la puerta, cambiaban en voz baja algunas palabras.

Jaskoff oraba de rodillas al lado del cadáver, mientras en el aire flotaban todavía los horribles vapores de carne humana abrasada.

El Pope no se dió cuenta del tiempo que permaneció en aquel lugar. Al levantar la cabeza, vió que el cuerpo de su

pobre amigo estaba frío y rígido. La claridad argentada del alba parecía restituirle la calma a aquel rostro atormentado.

Un soldado penetró de repente en el calabozo.

—¡Ahí está una mujer que reclama el cadáver. Hay que entregárselo.

—¿Una mujer? —preguntó el Pope que ya se disponía a salir.

—Sí, una mujer; una vieja que llora.

—¿Dónde está?

—Abajo, en el cuerpo de guardia.

El Pope dirigió la última mirada al helado cadáver del mártir, y salió apresuradamente.

En el cuerpo de guardia una pobre mujer, llorosa y presa de una viva agitación, corrió a su encuentro.

—¡Quiero el cuerpo de José, de mi pobre hijo!...

No pudo decir nada más, por ahogar el llanto sus palabras.

El Pope la dijo para consolarla:

—¡Valor, Sofía!... ¡Ha muerto como un héroe!...

—¿Fusilado? —volvió a preguntar la infeliz, queriendo sentir de una todo el dolor.

El Pope no tuvo el valor de decirle la verdad. Sin embargo, el hado brutal desmintióle en aquel momento. Dos hombres avanzaban por la nieve llevando una camilla y en la camilla iba tendido el cadáver de José Duda. A las miserables carnes atormentadas adheríanse todavía los copos de algodón quemado, extendíanse los riachuelos de sangre seca, distinguíanse las gotas de lacre vertidas cruelmente sobre las heridas y de las uñas sobresalían aún algunos de los alfileres tan ferozmente hundidos entre ellas y la carne.

La pobre madre, verdadera *mater dolorosa*, ante aquel espectáculo, lanzó un grito agudo y penetrante, y, sin pronunciar una sola palabra, se abalanzó como una loca a besar y acariciar las glaciales llagas de su hijo muerto.

Del cuerpo de guardia salían aún las voces roncadas y desapacibles de los oficiales, que quizás ahogaban sus remordimientos en la orgía, a la que le habían pedido aquel triste valor para la maldad.

A los pocos días veíase llena de bote en bote la cripta de Nuestra Señora de Kazan. De pie, sobre una tumba, el Pope Jaskoff acababa de hacerles a sus compañeros el conmovedor relato del martirio infligido a José Duda por los verdugos del Czar. Había tenido que interrumpirlo muchas veces, porque los allí reunidos habían acogido los pormenores más crueles de la terrible historia con gritos de horror y de venganza.

Sola en un ángulo, oculta tras una elevada tumba de mármol, escuchaba una figura de mujer inmóvil como una estatua. Era Vera Nicolajewna Sadoff.

La orgullosa joven no había derramado ni una lágrima. Tenía el pudor de los fuertes, el pudor del dolor y del llanto. No obstante, con los ojos clavados en el rostro del narrador y reprimiendo heroicamente el espasmo de los sollozos, sentía el corazón como oprimido por unas tenazas, el pecho agitado por un ímpetu feroz de odio y de venganza, el alma templada en un desesperado designio, como se templó el hierro en el agua límpida y helada.

El jefe del partido revolucionario, convocado en la cripta para juzgar de la impresión que aquel relato cruel produciría en el auditorio, había escuchado en silencio. Cuando el Pope volvió a invocar la aparición de la madre del mártir en la abrupta fortaleza de San Pedro y San Pablo,

cuando hubo reseñado con sencillas palabras el inescusable martirio, toda la reunión se puso de pie, movida por impulso simultáneo, gritando al unísono:

—¡Muera el verdugo!...

Las bóvedas siniestras de aquel asilo de la muerte parecieron acoger con júbilo la invocación amiga, y el eco repercutió terrible entre las tumbas.

Un hombre, robusto de cuerpo y de fisonomía resuelta, se puso en pie.

—¡Hermanos —dijo—: hace ya algún tiempo que el Comité revolucionario había tomado la determinación de formar un proceso y de dictar una sentencia que ha hecho necesaria los delitos que un malhechor coronado comete todos los días contra la libertad, contra la propiedad y contra nuestras personas y aquellas de las que más amamos, pisoteando los afectos más puros que todos los hombres guardan en el sagrario de su alma!

«El martirio sufrido recientemente en la fortaleza de San Pedro y San Pablo por nuestro desventurado compañero José Duda, el que valerosamente libró a la patria de la mordedura ponzoñosa de dos víboras inmundas, de los espías Miller, martirio que al ser relatado por el Pope Jaskoff ha hecho hacer poco estremecerse de indignación y de doloroso espasmo nuestros corazones, ha sido causa de que rebosase el vaso. El Gran Comité, que en estos días ha celebrado sesión permanente, ha examinado ya el proceso y ha dictado sentencia.

Un silencio verdaderamente sepulcral acogió las palabras del orador, que al llegar a este punto se calló como para escudriñar mejor la impresión producida en el auditorio, no viendo más que rostros animosos y trémulos de ira, miradas fulgurantes, actitudes y gestos de amenaza y de furor. Y como el orador siguiera silencioso, se oyó de pronto una voz terrible, con extraordinarias entonaciones de odio y de furor, como salida de una tumba:

—¿Qué sentencia?

Todos se volvieron hacia el sitio de donde había partido la voz y vieron la hermosísima figura de Vera Nicolajewna Sadoff, echando fuera del mármol funerario el busto erguido y mórbido, con los ojos fulgurantes fijos en el rostro del orador, con las mejillas pálidas, con los descoloridos labios trémulos de ira y amenaza, como si pronunciasen aún la pregunta llena de deseo cruel...

El orador y todos los asistentes, fascinados por la actitud escultural de la joven, se le quedaron mirando algunos segundos. Por último, el orador, con voz sorda y grave, como si no hablase más que con la terrible joven y quisiera aplacar su sed de sangre:

—¡Sentencia de muerte!

Una sonrisa terrible contrajo los labios de la nihilista, la cual volvió a desaparecer detrás de la tumba de mármol mientras el entusiasmo del auditorio estallaba en un ¡hurra! formidable.

Pocos momentos después no quedaron en la cripta más que los miembros del Gran Comité y Vera Nicolajewna Sadoff, siempre muda e inmóvil, como absorta en un pensamiento implacable.

—¡Vera Nicolajewna! —gritó el que parecía ser el presidente.

La joven sintió una especie de sacudimiento al son de aquella voz que la llamaba, y, atravesando con paso rápido la distancia que la separaba del que acababa de pronunciar su nombre, dijo con voz sorda:

—¡Aquí estoy!

—He visto con alegría la impresión producida en tu espíritu por el relato del martirio de José Duda. Tú sientes profundamente los deberes impuestos a los nihilistas rusos. Tú eres vehemente y animosa. ¿Has trazado ya tu plan para cumplir la misión que te hemos confiado?

—Sí —repuso la joven.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Un hombre fuerte y resuelto como yo.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

Los cuatro hombres que constituían el Comité se miraron unos a otros.

—¿Crees que yo soy lo bastante fuerte y resuelto? —interrogó tras breve pausa el presidente, como obedeciendo a una sugestión repentina.

—¡Sí, Ivan Wladimirowitch Shasky! Tú me pareces lo bastante fuerte y resuelto.

—Pues aquí está entonces el hombre que buscas.

Y Shasky descendió de la columna en que estaba sentado, como si una fuerza invencible lo hubiese arrastrado a los pies de Vera.

Al verlo acercarse, pasó por el rostro de la joven como una sombra de desaliento; pero no fué más que un momento. Vera le tendió la mano a Shasky, diciéndole:

—¡Sea! Nuestro destino está escrito. Lo cumpliremos.

El Pope Jaskoff se acercó a los dos jóvenes que tenían aún enlazadas las manos, y colocándose entre ellos y levantando la diestra, en la que empuñaba la cruz, exclamó solemnemente:

—¡Que el Dios de la justicia os guarde, os bendiga y os proteja!

VI

Vera y Godunov.

Vera, apenas hubo salido de la cripta, echó a andar apresuradamente por el intrincado dedalo de las calles menos frecuentadas de la vieja ciudad de San Petersburgo, desafiando el huracán de nieve que se desencadenaba con inaudita furia, y después de haberse cerciorado de que nadie la seguía, enfiló resueltamente por una callejuela casi desierta a lo largo de uno de los cuatro brazos del río que dividen en cuatro partes a la gran ciudad. Al llegar a una casa de modesta apariencia, subió apresuradamente la única escalera y llamó por tres veces a una puerta, que se abrió después de transcurridos algunos segundos, encontrándose Vera en presencia de Sofia Duda, la madre desventurada del mártir.

—¿Quién es usted? —preguntó ésta, levantando los ojos enrojecidos y secos hacia la visitante.

—Soy Vera Nicolajewna Sadoff —murmuró la joven.

Al oír el nombre tan temido del general del Zar, sintió la vieja Sofia un estremecimiento de terror.

Vera movió la cabeza tristemente.

—Sí —añadió bajando la cabeza—, Vera Nicolajewna Sadoff, la que amaba a tu hijo, y era amada por él.

Después de haber pronunciado estas palabras, Vera sintió que la abandonaba de improviso aquella energía que hasta entonces había sostenido sus fuerzas, y desapareciendo como por encanto todo el vigor viril, volvió a ser la joven dulce y buena, nacida para la gracia, para las flores y para el amor, prorrumpiendo en copioso llanto convulsivo y desgarrador. La pobre madre le abrió los brazos y Vera se precipitó en ellos, vertiendo en su seno las primeras lágrimas que derramaba desde el martirio del amado. La madre abandonada sintió caer sobre su corazón lacerado un bálsamo refrigerante al acariciar el rostro de la mujer elegida por su hijo, y quiso contemplar a la dulce criatura, y quiso oírle hablar y llenarla la frente de besos, pareciéndole hacer con ello obra grata para el espíritu del desaparecido.

De pronto, Vera irguió el rostro con fiereza.

—¡He llorado madre —dijo Vera—, creo que me permitirá usted llamarla por este nombre; pero le juro a usted que este llanto será el primero y el último que vertiré sobre la tumba de José! Sé que debo vengarlo, me he impuesto este deber y lo cumpliré a costa de mi vida.

(Continuará en el número próximo.)

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡VOY A HACER
QUE ESTE OCULISTA
ME EXAMINE LA
VISTA!

OCULISTA

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

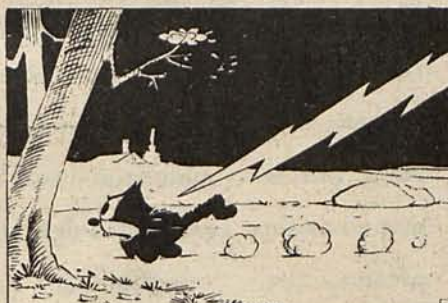
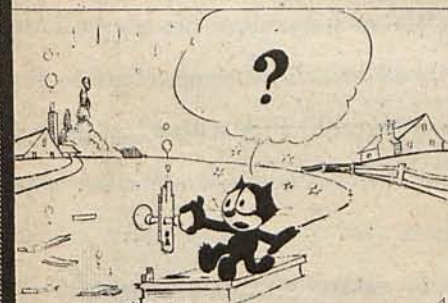
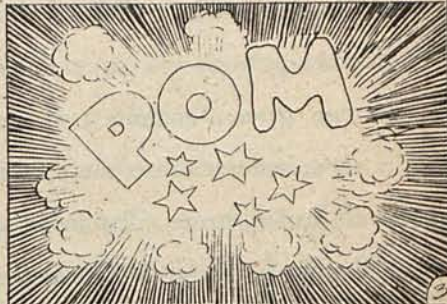
QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

QXMLVP
SEÑOR
CHIBU

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





UNA AVENTURA EN EL GANGES

CUENTO POR

E. SALGARI

(Continuación.)

dos cazadores se detuvieron de común acuerdo.

—¿Habéis oído? —preguntó el capitán.

La fiera, al huir
con su presa, ha-

—Sí —respondió el oficial—, me ha parecido oír
un lamento.

bía abierto entre las cañas un ancho surco, perfectamente visible. Muchos de aquellos vegetales, además, habían sido destrozados y desparramados por el suelo.

—¿Estará abandonado por aquí cerca nuestro pobre marinero?

—¿Será posible que el tigre no lo haya devorado?

El capitán permaneció un momento inmóvil, escuchando con gran atención, y luego adelantose por aquella especie de sendero con paso lento, abiertos los ojos y el fusil al brazo, dispuesto a hacer fuego a la menor alarma. El oficial Wilson le seguía valerosamente,

—Estos animales son muy astutos, señor Wilson. Quizás se haya dado cuenta de que veníamos detrás y haya dejado su presa para estar más libre.

—Tenga en cuenta, mi capitán, que estos tigres suelen subirse a los árboles, y agazapados en las ramas más corpulentas, esperan pacientemente el paso del viajero para caer sobre él cuando éste marcha más descuidado. Además, es muy difícil descubrirlos, pues su pintada piel se confunde con facilidad entre las cañas y arbustos del bosque.

te, pero mi-

—¡Cuidado! Puede estarnos espiando para echár-

rando a cada

senos encima.

instante hacia

En aquel momento, en medio de la espesura, oyóse

atrás, por te-

un grito agudo, penetrante; un grito humano capaz de

mor a una sor-

erizarle el cabello al más valiente, como lanzado por

presa.

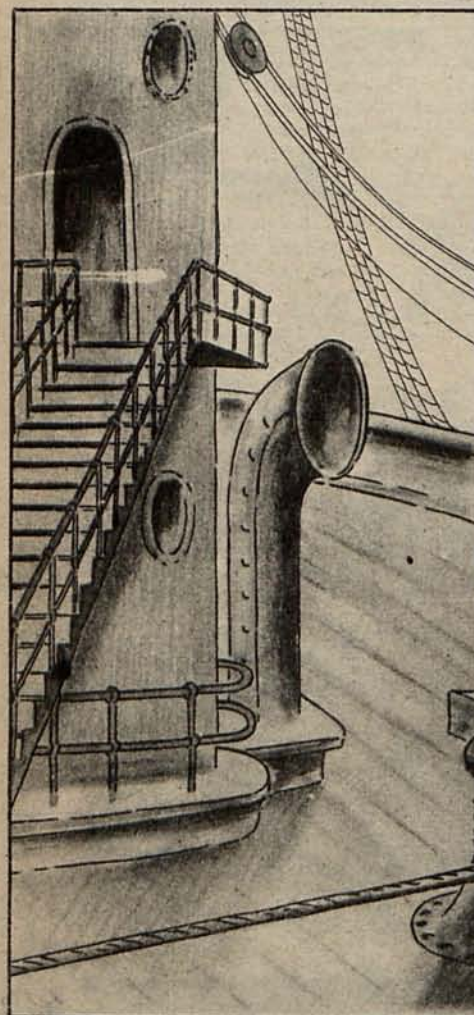
cuando los alguien a quien están dando muerte.

Llevaban

—¡Es nuestro marinero! —exclamó el capitán.

—¡Sí, es él! —respondió el oficial.

Olvidando toda prudencia, lanzáronse hacia adelante, derribando las cañas que les cerraban el paso.





Después de una carrera de diez minutos se hallaron en una pequeña explanada cubierta de hierba, en el centro de la cual alzabase solitario un magnífico boabad de espeso follaje.

Esta especie de árboles pertenecen a la familia de las bombaceas, conocido también con el nombre de *adansonia*. Es muy corpulento, siendo frecuente que su tronco mida hasta 47 y 50 metros de circunferencia y su copa cerca de 40 metros de diámetro.

Este árbol cubría completamente la plazoleta con sus ramas y follaje.

En casi todas las regiones de la India donde se da este árbol es objeto de adoración por los indios, por concederle desde tiempos remotísimos propiedades sagradas. En algunos lugares sirve de vivienda a varias familias y también de sepultura a los magos. En algunos de estos árboles, que tienen el tronco carcomido, se guarecen por la noche rebaños enteros.

Ciertos jugos extraídos de sus hojas tienen propiedades curativas, sirviendo para calmar la fiebre y como antídoto contra algunos venenos.

Al pie del árbol distinguieron un bulto blanquecino, de formas imprecisas. El capitán se detuvo, echándose el fusil a la cara, mientras el oficial se volvió hacia atrás, creyendo ver desembocar el tigre en la explanada.

—¿Será un bicho? —preguntó el capitán, inquieto—. (Continuará.)
¿Qué os parece, Wilson?

El oficial, convencido de que el tigre no salía, miró a su vez hacia el sospechoso bulto.

—No lo veo moverse —dijo.

—Acerquémonos.

—Prudencia, capitán, tenga en cuenta la astucia de estos anima-

les. Puede ser que ese bulto sea el cebo para que nos acerquemos y sorprendernos por detrás. Yo, francamente, no me fio.

—Tengo el fusil preparado. Quedaos aquí, y no apartéis los ojos de las cañas que rodean la plazoleta.

—¿Andará por aquí el tigre?

—Así me lo temo.

El capitán, después de mirar a derecha e izquierda avanzó con precaución hacia el árbol, con los ojos fijos en la masa blancuzca, cuya inmovilidad era absoluta. De pronto, Wilson le oyó lanzar una exclamación de horror.

—¡Es nuestro pobre marinero!

Ambos se lanzaron hacia el árbol, presas de una viva emoción. El pobre James se encontraba allí, tendido sobre la hierba, muerto. Tenía el pecho destrozado de un tremendo zarpazo y aplastado el cráneo. El capitán le puso una mano sobre el corazón, comprobando que éste no latía.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿QUE HACEN,
COLGADOS AHI
ESOS PLATOS?

COLORIN Y SU PANDILLA

¿QUE LOS HE
FREGADO Y
SE ESTÁN
SECANDO!

¡PUES SEÑOR;
ME MANDAN VE-
NIR TEMPRANO
A CENAR, LLEVO
AQUI UNA HORA
YA UN NO HA
VENIDO NADIE!

¿QUIÉN
LLAMARÁ A
LA PUERTA
INTERIOR?

¡CUANTO LO SIENTO!
¡TENGO INVITADOS Y
VENIA A VER SI TU MA-
MA ME DEJABA AL-
GÚN PLA-
TO Y AL-
GUNA SI-
LLA!

¡ESTOY
SOLO

¡TENGA
USTED
PLATOS!

¡MUCHAS
GRACIAS
COLORIN!

¡AHORA
VUELVO A
POR LAS SI-
LLAS!

¡MUY
BIEN!

¡MIRA, TENGO QUE
MOLESTARTE OTRA
VEZ, DÉJAME TAM-
BIEN ALGÚN CUBIER-
TO!

¡SI, SE-
ÑORA!

¡OYE; ME HARÍAS EL FAVOR
COMPLETO SI ME DEJASES
UN POCO DE MANTECA AL-
GUNOS HUE-
VOS, PAH,
Y FIAMBRES!

¡PASE US-
TED Y TOME
LO QUE NE-
CESITE!

¡GRACIAS COLORIN
Y LE DICES A TU MA-
MA QUE MAÑANA SE
LO DEVOLVERÉ!

¡NO SE
PREOCU-
PE USTED!

¡POBRE COLO-
RIN! ¡YA CREE-
RIAS QUE NO
VENIAMOS!

Y ESTA-
RÁS MUEL-
TO DE HAM-
BRE ¿VER-
DAD?

¡PERO...!
¿DONDE ES-
TÁN LOS PLA-
TOS Y LAS
VIAN-
DAS?

¡EN EL
COMEDOR
NO HAY
NI UNA
SILLA!

¡ES QUE LA VECINA
VINO A DECIRME QUE
TENIA INVITADOS Y
QUE LE DEJARA ESAS
COSAS HASTA MA-
ÑANA!

¡YA AHORA
CON QUE
CENAMOS
AQUI?

¿?
¡VENIMOS PORQUE CO-
MO SE HA TRAIDO VS-
TED TODAS NUESTRAS
PROVISIONES TAL VEZ
NO LE IMPORTE QUE CE-
NEMOS AQUI!

BRANNER

CUENTOS DE CALLEJA

VENTURITA

Castillo



VENTURITA había oído decir varias veces que la cosa más difícil de hallar en la vida era la verdadera felicidad, y, precisamente por eso, se le había metido en la cabeza la idea de ir a buscarla por todas partes.

Con tal propósito echó un día a andar camino adelante. No tenía padres ni hermanos, así que nada le impedía marcharse. Ni le molestaba el equipaje, pues sólo poseía lo que llevaba puesto.

Muy entrada la noche, le pareció divisar a lo lejos una lucecilla; dió una carrera y se acercó a la luz que salía de una pobre casa. Venturita, empujado por el hambre, cobró ánimo y llamó.

—¡Adelante! —oyó que le gritaba una voz femenina.

Empujó la puerta, entró y hallóse en una habitación donde una mujer disponía la comida para unos niños que esperaban en torno a una mesa. Eran sus hijos, y ella, viuda, apenas los podía mantener.

—Poca suerte tienes, muchacho —dijo la mujer—, no tengo comida bastante para todos.

Venturita iba a marcharse desconsolado, y cuando se disponía a salir silenciosamente, se le saltaron las lágrimas.

—¡Pobrecito! Yo partiré con él mi pequeña ración —dijo conmovida una de las hijas de la pobre viuda.

Venturita vaciló un instante; pero la niña, que se llamaba Aurora, le animó dulcemente a aceptar. Venturita tenía mucha hambre. Se sentó, pues, y dijo a la niña:

—Dios me dé ocasión de corresponderte. No la desperdiciaré.

Después de cenar, los niños se fueron a dormir. Venturita durmió en una silla junto a la lumbre medio apagada, pues no había en la casa más que pobreza en todo. A la mañana siguiente, apenas despuntó el día,

salió de la casa, pero dejando escrito con yeso en la tabla de la mesa:

«Adiós, Aurora, hasta la vista.»

Y echó a andar en dirección a sitio poblado, pensando siempre en ver si podía encontrar la felicidad.

Al pasar un espléndido carruaje, arrastrado por dos caballos, se precipitó a la trasera, como hacía cuando chiquitín en su pueblo, y oculto por el carruaje mismo, asido como un mono entre las ruedas, se dejó conducir a la ventura, pensando que alguna vez habría de pararse aquel coche. Así ocurrió, en efecto; el carruaje penetró en un gran edificio que parecía un palacio.

—¿Qué quieres, niño? —le preguntó el cochero al ver a Venturita en el portal.

—Quisiera entrar como criado en esta casa.

—Pues llegas a tiempo; el mayordomo anda buscando un muchacho, así como de tu edad, para los recados.

Venturita subió la escalera y preguntó por el mayordomo, que le admitió en seguida.

Casi no se atrevía el nuevo sirviente a pisar las mullidas alfombras de la casa, y pensando estaba que en aquel palacio sus moradores debían de ser muy felices y estar siempre muy contentos, cuando vió salir de una habitación a una señora llorando. No se explicaba cómo podía suceder esto de llorar en un palacio, donde no debía de haber enfermedades ni tristeza de ninguna clase. Así al menos lo pensaba Venturita.

Aquella señora envió a Venturita a la farmacia. Cuando volvió con la medicina, fué a llevarla a la habitación del enfermo, que era un niño, el cual, tan pronto como vió a Venturita, dijo:

—Este chico es nuevo. Me alegro que haya venido porque así jugaremos, ¿eh, mamá?

—Sí, hijo sí; pero ahora toma la medicina, que así te curarás pronto, y entonces podrás jugar.





Pero en vez de curarse, el niño empeoró de día en día y al fin murió. La pobre madre enfermó de dolor y no encontraba alivio para su pena inconsolable. La señora parecía loca y llamaba a su hijo con voz desgarradora; tenía cerradas las ventanas de sus habitaciones para que no entrara luz y no quería ver a nadie; sólo a fuerza de súplicas conseguían hacerle tomar algún alimento.

Venturita comprobó así, con sorpresa, que en un suntuoso palacio puede vivir la desgracia como en la choza más humilde.

—Veamos más arriba —, se dijo entonces. Y se propuso entrar al servicio del Rey. Allí estaría la felicidad, junto al Poder y la magnificencia del trono.

No era fácil ser admitido en la servidumbre del monarca; pero al fin lo consiguió Venturita.

A los pocos días de haberlo logrado, sucedió que el Rey y la Reina debían asistir a la inauguración de un monumento, y Venturita iba a la zaga del carruaje, cuando la detonación de un arma de fuego se oyó al paso de la comitiva, y una bala atravesó silbando sobre la cabeza del Rey.

El pueblo se alborotó y los guardias buscaban al autor del atentado para castigarle como se merecía, y Venturita, que había oído tan cerca el silbido de la bala, pensó mudar de destino, porque también con los reyes vivía intranquilo. Viendo, pues, que era inútil buscar la verdadera felicidad en las alturas, abandonó el palacio real. Púsose de nuevo en camino a la ventura, y después de haber pasado varios días sin encontrar casa

en que él creyera que podría estar esa gran señora, dueña de su imaginación y de sus deseos, halló cierto día a un anciano, y le preguntó:

—Vos, que lleváis muchos años de vida, como demuestra vuestra blanca cabeza, ¿sabíais decirme dónde se encuentra la verdadera felicidad?

—Hijo mío, la felicidad huyó de la

Tierra el día en que nuestros primeros padres fueron arrojados del Paraíso, y por divina disposición se ha reservado para la vida que nos espera a todos los hombres después de la presente, siempre que aquí vivamos como Dios manda.

—Pero ¿no disfruta ningún ser humano de alguna especie de felicidad temporal en este mundo?

—Sí, ciertamente: los que practican la ley de Dios, amando a Dios y al prójimo, y al mismo tiempo trabajan conforme a su estado, contentándose con poco y prefiriendo los placeres



del campo a los vicios de la ciudad. Estos sienten un gozo interior, y tienen paz y tranquilidad de conciencia, aun en medio de los trabajos y las penas que acompañan al hombre desde que nace hasta que muere; y a esa paz y a ese gozo es a lo único que en este valle de lágrimas podemos tener por verdadera felicidad temporal.

* * *

En virtud de este razonamiento no siguió Venturita en busca de vanas quimeras, y se puso a trabajar en su oficio, siendo un hombre honrado a carta cabal.

Compró un pedazo de terreno en el bosque, y construyó una casita, que siempre había sido su sueño. Algún tiempo después adquirió un cochinillo; más adelante una ternera, gallinas y palomas.

Después se acordó de la jovencita Aurora, la que le había dado de comer cuando él era muy pobre. Dió los pasos consiguientes para verse con ella, y, por último, se casaron para ayudarse mutuamente a llevar las cargas de la vida conyugal; pues con salud y laboriosidad, y acomodando los gastos y apetitos a los recursos con que cuenta una familia, con las demás cosas que antes se han dicho, se consigue pasar dulcemente esta pobre vida.

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Acabo de leer, mi querido buho, una novela interesante y divertida, sobre un fantástico viaje de la Tierra a la Luna, imaginado por el gran Julio Verne.

—Ya hace muchos años que la he leído, querido Chonón. Es una novela popularísima que despierta interés a todo el mundo por lo atrayente de su asunto. ¿A quién no despertará enorme curiosidad saber lo que pasa por ese mundo que vemos brillar por las noches en el espacio y que se pasa la vida dando vueltas alrededor del que nosotros habitamos?

—A mí me ha intrigado muchísimo la narración de un viaje tan atrevido. Mi afición a estas cosas del Universo es tan grande, tan grande, que, a pesar de los riesgos que indudablemente han de correrse, yo creo que me atrevería a participar personalmente de las emociones de un viaje de la Tierra a otro cualquier planeta. Ya ves si tendré afición y si soy valiente.

—Es más fácil pensar las cosas que realizarlas. Además tú dices eso porque sabes de sobra que por ahora no es posible realizar un viaje semejante.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Necesito que me des razones para convencerme. Claro es que esto no significa que yo dude de tus sabias palabras; pero quiero conocer los motivos de tu rotunda negativa para que mi convencimiento esté tan documentado como el tuyo. En una palabra, quiero que me traspases un poquito de tu sabiduría. Así, poquito a poquito, irás haciendo de mí un sabio en miniatura. ¿Me has comprendido?

—Perfectísimamente. Voy, pues, a darte las explicaciones que me pides. Te he dicho y repito que por ahora no es posible realizar un viaje a otro planeta. Quiero recalcarte que esta negativa se refiere al «por ahora», pues no seré yo quien se atreva a afirmar o negar lo que pueda acontecer en el porvenir. Ya ves; hace algunos años, no muchos, yo te hubiera dicho «por ahora ningún hombre puede cruzar el espacio como lo cruzan los pájaros». Los ignorantes se hubiesen reído del que asegurase que los hombres volarían como vuelan las aves, y, sin embargo, ya ves que hoy es cosa corriente ver surcado el firmamento por gigantescos pajaracos, de rígidas alas, que la inteligencia del hombre elevó por los aires. Lo mismo te hubiese contestado en tiempos pasados si me hubieses hecho la pregunta de si sería posible que el hombre navegase por debajo de las aguas como lo hacen los peces. Entonces no era realizable, porque el descubrimiento del submarino no había llegado aún; pero hoy ya ves qué cosa más fácil es navegar por el fondo de

las aguas, como lo hacen los tiburones y todos los pobladores de los mares. El hombre era antes habitante de la tierra seca exclusivamente, y hoy lo mismo cruza por el espacio que por bajo la superficie del mar. El genio creador de la inteligencia humana no puede nunca considerar que ha llegado al límite de su capacidad y su aspiración será siempre ir más allá. ¿Cómo voy a negarte la posibilidad de que algún día lleguen a ser realidades lo que hoy no son más que fantasías? Un viaje a otro planeta tropieza con dificultades que hoy por hoy son invencibles.

—Pero con el tiempo...

—Con el tiempo puede pensarse que estas dificultades desaparecan.

—¿Está muy lejos la Luna?

—Muy cerca, Chononcito. De la Tierra a la Luna no hay más que 444.480 kilómetros.

—¿Y a esto le llamas estar cerca?

—Cerquísima. Con un aeroplano que volase a mil kilómetros por hora se tardaría menos de diecinueve días en hacer el viaje. Poco más o menos lo que se tarda en ir embarcado de Europa a América.

—Pero no hay ningún aeroplano que llegue a alcanzar esa velocidad de mil kilómetros por hora.

En el momento presente, no; pero ten la seguridad de que no ha de tardarse mucho en alcanzarla. Vamos camino de conseguirlo a pasos agigantados. Ya se están construyendo aparatos que volarán a cuatrocientos y aún más kilómetros cada hora.

—¿Y tú crees que en cuando se consiga volar a esa velocidad será posible el viaje a la Luna?

—Nada de eso; hay otros obstáculos que por el presente no pueden salvarse. A cierta altura falta el aire para que el hombre pueda respirar.

—¿Y si llevasen los aviadores un aparato que lo fabricase?

—Suponiendo que pudiesen respirar, faltaría a la hélice del aparato el elemento en que apoyarse. En el vacío no hay ave que pueda sostenerse. Tampoco es posible que los peces pudiesen nadar en un estanque sin agua. Ciro inconveniente es el frío. A alturas tan enormes se hielan los cuerpos y no es posible la vida.

—¡Qué desconsolador es todo lo que me dices! ¡Con las ganas que yo tengo de ver lo que pasa en la Luna!

—Pues te vas a tener que quedar con las ganas, Chononcito, porque me parece que tú no vas a poder tomar ningún tranvía ni ningún avión que vaya a otro planeta. Confórmate con la ilusión que te sugiere la lectura de la novela de Julio Verne.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Tendremos paciencia!

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Primer premio : Manuel López Ramos.

Segundo premio: Josefina Mayral.

Tercer premio : Luis M.^a Ramírez.

Cuarto premio : Angelito Yaunta.

Quinto premio : María Teresa Sanfiz.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Mario Cuevas, Teresa Gozávez, Cruz R. Martínez, Paquito Laclesta, Jesús Pérez, Nieves Sanz, Justo Pérez, María Luisa Armenteros, Gerardo Galán, Gabriel Díez, Martín Cubillo.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

Primer premio : Teodoro de Pedro.

Segundo premio: Jacinto Huelves.

Tercer premio : Manuel Octavio Rico.

Cuarto premio : José Jordán.

Quinto premio : Manolita Mille.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Rosa González, Juan Martindey, Santiago Romero, Pilar Romero, Luis Romero, José M.^a Jordán, Consuelo Silvestre, Rosalía González, Mateo Santoyo.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Una cigüeña.
N. N.



Cañamón.
FRANCISCO GONZÁLEZ.



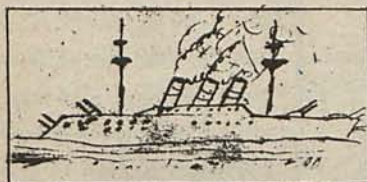
Hermosa caridad.



El sol, en camiseta.
LUISITO SANZ.



Un patito.
LUQUITAS SANZ.



Acorazado «Irresistible».
JUAN CASALS Y GALCERÁN.



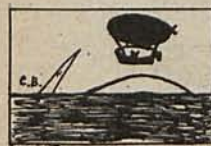
Paulino, ric.
MANOLITO DE LA VEGA



Mi prima Maruja.
INÉS JARAQUEMADA.



En alta mar.
ENRIQUE MORET.



La ballena de Morronguis.
G. BARRERA.



El toro de D. Panfrito.
REGINA R. GIRÓN.



Un cow-boy.
H. GONZÁLEZ.



Un caballo.
F. MARTÍNEZ.



Parque Zoológico.
ALFONSO ROBINA.



Pinocho, de pesca.
R. J. Y VALLE.



Tres palomas.
F. G.

Mariquita era una nena monísima que tenía un corazoncito de oro. Sus padres la mimaban en extremo; y ella, al contrario de otras muchas que abusan de la bondad de sus papás, era juiciosa y buena.

Llegó la víspera de Reyes, y ella quedó dormida pensando en los regalos que los buenos Magos la traerían; pensaba cuánto jugaría al día siguiente con los nuevos juguetes.

Cuando al día siguiente vio sus bandejas llenas, tuvo una alegría tan grande que sus padres sonreían dichosos al oírla. «¡Por buena!», dijo la nena viendo tanto regalo. Pero al momento quedó triste. Recordó que también era buena una nena que veía muchos días pasar por su casa; una nena pequeñita como ella, que era el lazarillo de su abuelito ciego.

Esa nena dejaba al ciegucecito en una iglesia, y luego iba al colegio, y a la salida volvía a por su abuelito.

Pensó nuestra Mariquita que esa nena quizá no tendría tantos juguetes como ella, y cogiendo una hermosa muñeca rubia, que la sonreía tendiéndola sus bracitos, la besó, diciéndola: «Muñequita, tu mamá no soy yo. Tu mamá será otra nena que te querrá mucho.»

Y cuando fué aquella mañana a misa con sus padres, encontró a la pobrecita niña; paróse ante ella y le preguntó: «¿Te han puesto muchas cosas los Reyes?» «¡No!», contestó tristemente la niña. «¡Somos pobres; mi casa está muy lejos y no me atreva a escribirles!» «Pues a mí me pusieron, entre otras cosas, esta muñeca. ¿Te gusta?», le preguntó, enseñándosela. «Sí», murmuró la pequeña. «Es muy bonita». «Pues, tuya es; te la doy para ti; a mí es la que más me gusta, y por eso quiero que sea para ti».

Los padres de Mariquita comprendieron el rasgo de su hijita y la besaron muy fuerte. Y el padre, sacando un billete, se lo entregó, emocionado, al pobre ciego: «Tome. Mi hijita querrá también que pasen el día dichosos por entero. Soy muy feliz, y quiero que usted también lo sea.» «Benditos sean los ángeles que Dios pone en la Tierra», añadió el viejecito, besando el billete.

Mientras, la nena pobre y la nena rica discutían amigablemente el nombre de la muñeca que aquella mecía dulcemente en sus brazos.

ARACELI CASAJÚS.

Cuento de un tonto de circo.

Pues, señor, esta vez era un tonto y un clown. El tonto se llamaba Chicharito, y salió a la pista dando voces y diciendo: «¡Ay, ay, ay, aaayyy!». El clown le preguntó, espantado, qué le pasaba. Y le dijo que un bulto negro y blando se acercó a sus pies y le pisó, y dijo ¡miau!.

«Eso es un gato», le contestó el clown. «No, hombre, no era un gato.» Y siguió otra vez diciendo ¡ay, ay, ay!, desconsoladamente, el pobre tonto. Le volvió a repetir el clown: «Eso es un gato, retonto.» «No; que lo que pisé dijo miau, y no es un gato.» «Entonces, qué es, acaba.» Y el tonto le contestó: «¡Ay, ay, ay, aaayyy!, no era un gato, que era una gata.»

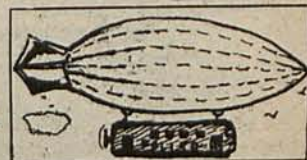
Y colorín, colorado,
el cuento del tonto ha terminado.

MANOLO FIGUEROA PIMENTEL.

Cuentos chilenos de nunca acabar.

Había una vez un rey que tenía tres hijas, las metió en tres botijas y las tapó con pez; quería que os lo cuente otra vez. Había una vez un rey que tenía tres hijas, las metió en tres botijas y las tapó con pez; quería que os lo cuente otra vez.

E. TREJOS.
Doce años.



El dirigible de tío Bim.
L. N.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



DEPORTES EN LA NIEVE

También los animales disfrutan, como nosotros, con la nieve. Ved si no este dibujo y os convenceréis.

¿Un oso con eskies? preguntaréis.

No tiene nada de particular, pues yo he visto, una vez que fui al circo con Pirula, a un oso montar en bicicleta estupendamente. Y esto es mucho más difícil.

Esta humorística escena deportiva la contemplan un león y una leona. ¿Dónde se hallan?

Soluciones de los problemas y pasatiempos del mes de enero. Números 150, 151, 152, 153 y 154

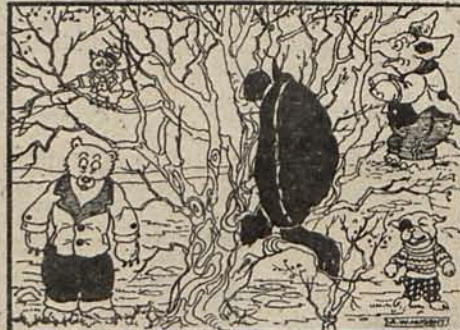
EN EL FONDO DEL OCEANO



LOS MONOS CAZADORES



LA TORTUGA EQUILIBRISTA



LA BRUJA MARIZAPALOS Y SU BUHO



(Continuarán en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula

**CHARLAS DE
PIRULA... ZAPATERA**



Sandalias de baño.
No, si a mí no me disgusta que mis Pirulindas sean un poquito presumidillas; bien está que les guste ir monas y arregladas; por algo me paso yo

la existencia ideando modelos de trajes y adornos para ellas.

Pero entre ser un poquito presumida y serlo tanto como Rosita, hay la misma diferencia que entre los puños del formido Pepín —el adorable hermanito de una amiguita mía— y los de Paulino Uzeudun, pongo por caso.

Verdaderamente, la coquetería de Rosita es algo serio; mejor dicho, es algo risible; y, mejor dicho aún, es algo triste.

Figuraos que Rosita se pasa las dos terceras partes del día atusándose el pelo o mirándose al espejo; si, las dos terceras nada más, o sea dieciséis horas; las ocho restantes, duerme, como es natural, si bien me sospecho que hasta en sueños piensa en componerse.

Precisamente ahora, en verano, es cuando resulta más absurda la coquetería de Rosita; porque sus papás suelen llevarla a una playa y allí, donde todas las niñas sólo piensan en divertirse —si acaso, también en trabajar algo para preparar el curso siguiente— Rosita sigue pensando en sus trapejos; y mientras que las demás se divierten de lo lindo, chapoteando en el agua y haciendo magníficas obras arquitectónicas con la arena, ella permanece inmóvil por miedo a estropear sus vestidos emperifollados o a descomponer la simetría de los bucles y rizos que rodean su cabecita sin seso.

Pero lo más terrible para Rosita es la hora del baño; como tiene una mamá demasiado indulgente para sus caprichos, ha obtenido que le hagan un traje de baño magnífico, de raso, con mil adornos y al cual acompaña un gorrito extravagante y complicado.

Rosita está muy orgullosa de lucir su precioso atavío bañero y no se da cuenta de que la gente se ríe de ella; pero de lo que sí se da cuenta es de que, mientras que sus amigas se divierten locamente con sus chapuzones, ella tiene que quedarse en la orilla, como los niños pequeños, sin atreverse a mojarse más arriba de la rodilla, ya que su traje sirve para baño de mar como yo sirvo para... emperatriz del Japón.

(Y basta con ver mi retrato en esta misma página para comprender que tengo bien poco de japonesa ni de emperatriz.)

Afortunadamente para mí (y para ellas mismas) mis demás Pirulindas no se parecen a Rosita; dejan el presumir para más tarde y ahora se dedican a divertirse (cuando no tienen que trabajar, naturalmente). Y para divertirse, sobre todo en las playas, lo primero es ir cómodamente vestidas, con trajes sencillos y sufridos. Y esto no las impide que vayan monisimas; todo lo contrario.

Si es esencial la comodidad para divertirse en la playa, lo es más aún para bañarse en el mar; por eso, el traje de baño de cualquier niña que

no sea tonta, tonta como la pobre Rosita, es siempre sencillo, de lanilla azul o roja, adornado solamente con trencillas de lana o cinta encerada y, si acaso, con las iniciales de su pequeña dueña, bordadas. Un capítulo importante es el de las sandalias, casi imprescindibles a poco que se esté en una de esas playas a las que llamo «asiáticas», porque (perdóneseme el mal chiste) están llenas de «chinas».

Las sandalias de mi predilección son las de rafia, entre otros muchos motivos —son bonitas, ligeras, resistentes, etc.— porque las podemos confeccionar nosotras mismas a ganchillo.

Las suelas se compran ya preparadas y conviene cubrirlas con tejido esponja.

Como me es imposible daros las medidas exactas, os aconsejo que descosáis cualquier sandalia vieja que servirá así de patrón.

Se teje la rafia a punto «de musgo», empezando por la punta y aumentando hasta llegar al empeine; entonces se divide la labor en dos partes y se sigue trabajando en disminución hasta los extremos.

Puede ribetearse o no, la sandalia, a voluntad; pero es preferible hacerlo para dejar la labor bien rematada y también porque el ribete constituye un adorno de color vivo que puede hacer juego con el traje o con sus trencillas.

Otro adorno muy oportuno para estas sandalias de baño es el de una flor de goma de color, o recortada en cualquier tejido impermeable. También se pueden sustituir las trencillas o las cintas del traje por biees estrechos cortados en idéntico tejido impermeable, ya que ahora se impermeabiliza todo, desde el raso hasta el crespon de china.

Es, pues, bien fácil confeccionar un trajecito de baño que resulte gracioso sin dejar de ser sencillo y sin necesidad de que estorbe los espacimientos del baño de mar.

